

Facultad de Ciencias Sociales y Económicas  
Centro de Investigaciones y de Documentación Socioeconómica  
CIDSE

## CONFLICTO SOCIAL Y ARMADO: DESAFÍOS Y DILEMAS.

Julio César Rubio Gallardo<sup>1</sup>

Nombrar la guerra, buscar las palabras precisas que logren dar cuenta de sus lógicas, prácticas y procesos de configuración socio-territorial, supone enfrentar una serie de desafíos y dilemas que más allá de cualquier consideración académica, hacen parte de la opinión pública y la ciudadanía en general, sobre todo en momentos de diálogos y posibles negociaciones entre Estado e insurgencia. Si bien los casos de violencia o acciones de guerra ilustran de manera detallada las maneras de funcionamiento del conflicto social y armado, como lo muestran diferentes investigaciones en el país, se debe reconocer que estas acciones hacen parte y se inscriben dentro de una larga duración histórica y de confrontaciones que sistemáticamente se repiten y reproducen consecuencias traumáticas en los tejidos sociales, comunitarios y políticos en diferentes escalas y regiones. Por ello y a propósito del “nuevo” contexto de diálogo, un primer desafío a las posibles salidas de los ciclos de violencia, tiene que ver con insistir en reconocer la *condición socio-histórica y política* que este conflicto encarna. Ello como parte de una comprensión que ayude a desmoralizar el conflicto, a sacarlo de la dialéctica negativa entre “buenos” y “malos”, “pacificadores” y “terroristas”, que niega cualquier posible opción de acordar o imaginar rutas o estrategias de solución.

Comprender el conflicto (la guerra, las violencias) desde esta óptica, ha de permitir, por un lado, condenar su degradación inhumana, y, de otro, exigir poner en primer plano la política, las propuestas y las normas que ella contiene como acontecimiento social. Es decir, potenciar la idea de una mirada *desmoralizante* de la guerra pasa por descifrar sus orígenes y consecuencias, como, y de igual manera, por una crítica ante su valoración como parte o génesis de una enfermedad social sin cura. En este contexto, se hace necesario indagar las mentalidades, las prácticas y los usos sociales que los actores, sujetos partícipes o en medio del conflicto elaboran de este y de sus incidencias en los tejidos socio-comunitarios y de los sentidos de sociedad o comunidad que se producen. Para ello es fundamental entender, como segundo desafío, la *dimensión regional* que supone comprender e intervenir las dinámicas del conflicto. Si bien existen tendencias que podrían permitir interpretarlo globalmente, es evidente que en las regiones acontecen y se suceden hechos y situaciones ligadas a las historias e idiosincrasias locales, a los recursos estratégicos que existen en ellas, a la presencia de multinacionales o

Cali, diciembre de 2013  
No. 28

### EDITOR:

Comité de Investigaciones  
de la Facultad de Ciencias  
Sociales y Económicas de  
la Universidad del Valle.

Esta es una publicación del  
Centro de Investigaciones  
y Documentación  
Socioeconómica CIDSE  
de la Facultad de Ciencias  
Sociales y Económicas de la  
Universidad del Valle  
[www.univalle.edu.co](http://www.univalle.edu.co)  
<http://socioeconomia.univalle.edu.co>

Participan en este número:  
Julio César Rubio Gallardo  
Miembro del Grupo de  
Investigación Sujetos  
y Acciones Colectivas.



<sup>1</sup> Docente Departamento de Geografía - Universidad del Valle

la precariedad estatal, a los arraigos étnicos o militancias políticas que ameritan ser tenidos en cuenta para posibles salidas a futuro. Enfrentar el desafío regional es un imperativo.

Ligado a lo anterior se hace necesario, a la par de una lectura crítica de los discursos del conflicto y/o las violencias en Colombia, pensar mesuradamente el tema de la *memoria histórica y colectiva* junto a las víctimas o procesos de victimización de personas, organizaciones y/o procesos comunitarios en medio de la confrontación socio-política y económica que hemos y estamos padeciendo; este tercer desafío ha de tener en cuenta dos aspectos importantes: de un lado, los procesos históricos de organización, denuncia y exigibilidad de derechos de gentes o poblaciones víctimas o victimizadas que, desde iniciativas comunitarias o no gubernamentales, han emprendido trabajos de rememoración (memoria) o de culturas del recuerdo (Erll, 2012) que animan sentidos y construcción de sujetos sociales y/o políticos, a la par de las propuestas gubernamentales agenciadas desde la promulgación de la Ley de Víctimas y de otras disposiciones jurídicas. Un énfasis del tercer desafío, entonces, es lograr *acompañar las disposiciones jurídicas y los procesos organizativos y sociales de las víctimas*. Esto porque la tradición ha sido una injusta aplicación de la justicia y una prolongación endémica de la impunidad para con los sectores y poblaciones victimizadas. De nada vale una reforma o propuesta jurídica si su eficacia simbólica y real es una promesa incumplida o un dispositivo para reproducir las asimetrías sociales. La reparación, la justicia y la verdad deben dar su tránsito de principios ético-políticos válidos, a hechos concretos para materializar un país posible.

Un cuarto desafío está muy ligado a la ley y tiene que ver con las dimensiones territoriales de los conflictos y su impacto en los procesos de memoria y de subjetivación social y/o política, en el sentido de que una real y justa reparación debe contemplar y discutir las llamadas *políticas del desarrollo* (llámense “locomotoras” áreas estratégicas o planes), en dos sentidos importantes: el primero hace referencia al conjunto de megaproyectos que han sido cómplices o responsables en los procesos de victimización en diferentes

regiones del país. No es un secreto que existen casos en los cuales esas políticas del desarrollo, en su afán lucrativo, han expropiado, desplazado y asesinando líderes o personas que no compartían dichas políticas y públicamente lo expresaron, lo cual se tradujo en crímenes de diferente tipo. Frente a esas prácticas se debe garantizar la no repetición y el juzgamiento de los responsables. El segundo sentido de estas políticas del desarrollo es evitar su esquizofrenia, entendida esta como la contradicción que pudiese existir a futuro entre un proceso de reparación, que tiene como uno de sus temas centrales la tierra a ser restituida, y los grandes proyectos económicos como la minería, el petrolero, la agroindustria a gran escala y/o los biocombustibles, donde los segundos terminen por ser más prioritarios para el país y aplacen o niegan la reparación.

En el marco anterior de desafíos emergen una serie de *dilemas* que también merecen atención. El primero de ellos está arraigado en la palabra *postconflicto* que circula en diferentes medios sociales, particularmente porque ella significa o se usa de diferentes maneras y provoca diversas reacciones y debates, desde aquellos que consideran que el posconflicto es la entrega de armas y la desmovilización de las insurgencias, pasando por aquellos otros que lo asumen como las transformaciones estructurales que debe asumir el país, y algunos que con cierta cautela han llamado la atención y hacen la invitación a prepararnos para un momento ambivalente, transitorio y complejo en el cual han de consolidarse los acuerdos e iniciar, más allá de la negociación o entrega de armas, un cambio profundo en las formas de hacer sociedad, pactar lo político y reparar al país en su conjunto. Hacer cávalas sobre el “postconflicto” resulta arriesgado, así los medios y ciertos oportunismos políticos lo pregonen. Nos enfrentamos a la “continuación de la guerra por otros medios” (Clausewitz, 1998) o la “guerra detrás de la filigrana de la paz” (Foucault, 1992). El tiempo y todo(as) lo diremos.

El segundo dilema, muy ligado a la noción de conflicto y/o postconflicto, hace referencia a los saberes y prácticas de *intervención social, trabajo comunitario y lógicas de empoderamiento* que han de desarrollarse. No es lo mismo asumir un “trabajo social” en medio del conflicto que en una situación donde ya se ha

superado o donde ciertas latencias violentas operan como fantasmas. A ello se le podría sumar un error de no pocos enfoques de acción social estatales, no gubernamentales y en ocasiones comunitarios, que es homogenizar su lectura del conflicto o postconflicto y al tiempo las formas, dispositivos o estrategias de trabajo o de intervención, desconociendo la dimensión regional, que más allá de indicar una zona o territorio, señala repertorios culturales, estructuras del sentir y matices que dejan entrever el desafío de la heterogeneidad y multiplicidad de un conflicto fuertemente regionalizado. Existe, entonces, un dilema sobre los saberes y prácticas que han de ponerse en juego en la comprensión del momento histórico como de los procesos de reparación que se vienen adelantando y los que se avecinan.

Así, lo anterior abre un conjunto de preguntas interesantes acerca de la comprensión de qué es y cómo se ha configurado y se va a reconfigurar el país que somos. Por ejemplo, abre preguntas como: ¿cuáles fueron o han sido las representaciones y/o prácticas espaciales de estos sujetos anónimos en la configuración de país?, ¿cuáles son las percepciones espaciales de sectores populares o subalternizados acerca de la solución del conflicto sociopolítico?, ¿cuáles han sido aquellas trayectorias biocartográficas que han elaborado y padecido las familias dentro del proceso de configuración del Estado-nación colombiano?, o, ¿cuáles son aquellas huellas de las violencias que han marcado las historias familiares y generacionales de gran parte de la población colombiana?. Interrogantes aún sin respuestas definitivas, pero interesantes y pertinentes a la hora de dar cuenta de cómo nos hemos constituido como país y cuáles pueden ser los rumbos que se nos avecinan para consolidar dicha promesa.

Un dilema final, pero candente en el debate político y la opinión pública, es aquel entre *memoria* y *olvido*. Y es un dilema importante porque en ese juego de olvidos y memorias se juega, además de la justicia, la impunidad, la reparación y la verdad, el perdón. Para algunos la fórmula es memoria y verdad sin olvido y sin perdón; para otros se requiere un mínimo de perdón, olvido e impunidad; algunos deciden irse “contra la memoria” (Rieff, 2012) porque abrir las heridas del pasado es continuar la guerra y la barbarie

y es mejor olvidar. Pero de fondo existe en el dilema un interrogante por cuál ha de ser el relato de país que debemos ir configurando y que nos permita pensar el juego entre “la retórica política y el silencio de los guerreros” (Martin-Barbero, 2001). Dicho relato no ha de ser una producción apenas terminado el conflicto, las batallas simbólicas y concretas entre memoria y olvido lo están configurando desde ya, se expresan en los bestseller “literarios” de los capos y bandidos que se venden en librerías, calles de las ciudades y se consumen como parte de la historia, al punto de llegar a ser novelados en horario televisivo triple A. Se expresan en la cinematografía actual colombiana, a través de los nuevos novelistas colombianos, en canciones populares e intervenciones de arte plásticas que representan este conflicto. El relato es supremamente polifónico, heteróclito y dialógico, ahí radica su fuerza a la hora de escapar del relato unívoco y tradicional que acecha para no cambiar. Aquí es igualmente importante interrogarse por el relato que la academia ha elaborado y el que tendrá que elaborar en un futuro ojala cercano.

Asistimos, entonces, a un momento, que más allá del eterno retorno de los diálogos y negociaciones, amerita no desfallecer en su interpretación y, sobre todo, abogar por una ética que nos haga responsables como ciudadano(as), del algún modo, de lo que acontezca y de lo que podamos hacer. Quizás un poco de poesía nos ayude y anime para el porvenir:

“Las historias que se cuentan son como lugares. Son habitados por aquellos que les han pertenecido en tiempos lejanos, no necesariamente espíritus. Una historia es como una casa, como una casa vieja, con pisos, niveles, habitaciones, pasillos, puertas y ventanas, graneros, cuevas y grutas, espacios inútiles. Los muros son la memoria. Rascad un poco una piedra, apoyan la oreja y escucharéis cosas. El tiempo recoge aquello que trae el día y que la noche dispersa. Guarda y retiene. El testimonio es la piedra. La edad de la piedra. Cada piedra es una página escrita y tachada. Todo está en los granos de la tierra. Una historia. Una casa. Un libro. Un desierto. Un error”.

Tahar Ben Jellou (1985)

**Bibliografía**

- CLAUSEWITZ, Karl (1998), *De la guerra*, ed. Eneida, Barcelona
- FOUCAULT, Michel (1992), *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*, ed. La Piqueta, Madrid
- GALEANO M, María Eumelia (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- JELLOU, Tahar (1985), *Léñfant du sable*, citado por Marian López Fdz en: *Memoria, ausencia e identidad. El arte como terapia* (2011), ed. Eneida, España.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (2001), “Colombia: entre la retórica política y el silencio de los guerreros”, en: *Revista Número*, No 31, Bogotá
- RIEFF, David (2012), *Contra la memoria*, ed. Debate, Madrid.
- RUBIO, Gallardo Julio César, “Guerras y Cuerpos: Representaciones y Prácticas Sociales de la Otridad radical”, en: *Cuaderno de Psicología*, No1, ed. Universidad Pontificia Bolivariana,